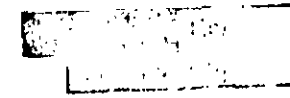


El placer de la lectura



Doc. 6357

28

La lectura o, lo que es lo mismo, la potestad de leer, nos capacita para descodificar la escritura, hállese ésta en las páginas de los libros, en el interior de

los folletos o en plena calle. Pero es bien cierto que, para poder practicar esta acción que nos permite viajar mentalmente, hay que contar con la ayuda de alguien que nos dé la llave para poder dar los primeros pasos por el a menudo difícil, y casi siempre complejo, camino de la descodificación y comprensión de un mensaje escrito.

La mayor parte de los individuos adquirimos en la escuela los aprendizajes que nos sitúan dentro de la categoría de población alfabetizada. Y entre estas nociones está la de aprender a leer.

Leer es un placer. Leer es interpretar. Cuando un pequeño ve leer, se acerca a la lectura deseoso de dominarla. La posibilidad de ver leer a las personas que uno tiene a su alrededor, alimenta y estimula el deseo de querer aprender a leer. La disponibilidad de un adulto para hacer *tándem* de lectura con un pequeño es fundamental.

Roser Ros

Sin embargo, el grado de adquisición, o el gusto por la lectura —y la de su fiel compañera, la escritura—, es, mejor dicho, son unas de las habilidades más

relacionadas con el origen cultural de cada niño o niña y, por ende, de sus familias.

Que el niño aprenda a leer, así como la prontitud, la facilidad y la perfección con que lo haga, dependerá en cierta medida de su propia capacidad y en grado considerable de su historia familiar. Esto último incluye el nivel de desarrollo que haya alcanzado su capacidad de comprender, utilizar y disfrutar del lenguaje; de que se haya convencido de que la lectura es algo deseable y de que se le haya inculcado también confianza en su inteligencia y en sus aptitudes académicas. Bruno Bettelheim y Karen Zelan: *Aprender a leer*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 59-60

Para alcanzar la potestad de la lectura es preciso recorrer un proceso plagado de dificultades y durante su recorrido corre uno el riesgo de quedarse a medio camino, incluso de querer retroceder, tan complejas son las etapas a recorrer y tan complicados los obstáculos a superar.

Por eso es bueno recordar que, mientras dura el periodo de aprendizaje de los hábitos lectores de un pequeño, todos cuantos compartimos la vida con ellos, absolutamente todos, somos susceptibles de convertirnos en uno de sus modelos. Por esta razón, si nuestro deseo es que leer se convierta en una actividad practicada con asiduidad por este lector primerizo, ya podemos empezar, los mayores digo, a interrogarnos acerca de la fuente de placer que para nosotros significa la lectura y cuan asiduamente gozamos de y con ella.

In-|au-|cia, uº76. 2002

Leer es interpretar

Desde el principio, un niño bien querido se siente, se sabe leído, o lo que es lo mismo, interpretado.

En efecto, somos los adultos que rodeamos al recién nacido quienes, al mostrarnos deseados de ofrecerle nuestra protección y afecto, queremos ocuparnos de él lo mejor posible, por lo que tratamos de descodificar los distintos signos que éste utiliza para comunicar sus necesidades (señales gestuales y sonoras con las que demuestra su apetito, su malestar, su sueño, sus afectos, sus rechazos, sus miedos, etc.).

De este modo, y de forma paulatina, pequeños y mayores nos vamos adentrando en recíprocas lecciones de aprendizaje descodificador o, lo que es lo mismo, nos adueñamos del arte de la interpretación.

Cuando un niño ve leer...

Familiarizado con esta forma de actuar, es más que probable que el pequeño, en su imparable camino por crecer, encuentre numerosas ocasiones en las que el mensaje a leer proceda ahora del código escrito. Es cuando la escritura aparece como un vehículo para la comunicación: un folleto de propaganda permite reconocer los productos así publicitados; la lista en cosas necesarias para salir de excursión con el cole, se convierte en prueba palpable de la necesaria comunicación entre la familia y la escuela; la confección de la lista de la compra al lado de papá, una ocasión magnífica para demostrar la

utilidad de la escritura y su posterior lectura; la contemplación del libro que contiene ese cuento tan querido y el lento caminar por sus ilustraciones junto a mamá, una prueba más que evidente del placer que puede procurar el acto de leer, sobre todo cuando éste es practicado en el interior de un regazo adulto cedido amablemente para esta ocasión...

...Se acerca a la lectura deseoso de dominarla...

El denominador común de todas estas situaciones es que la posibilidad de ver leer a las personas que le rodean a uno, alimenta y estimula el deseo de querer aprender a leer.

En casa todo el mundo leía: mamá, papá, los abuelos. Al observar sus rostros inclinados sobre un libro, al verlos ora sonrientes, ora serios y, a veces, girando la página con una atención tensa, me preguntaba: ¿dónde están? No me oyen si les hablo, y cuando finalmente se fijan en mí, parece que acaban de llegar de algún lejano lugar. ¿Por qué no me dejan ir con ellos? ¿Qué contienen los libros? ¿Qué secreto contienen que nadie me cuenta? Eva Janikovszky: *Mensaje del día internacional del libro infantil*, 2 de abril de 2001

La observación de personas próximas en plena fiebre lectora constituye el primer paso para convertirse en lector, pero es, a todas luces, insuficiente. Hay que poder contar con un adulto dispuesto a ofrecerse a la descodificación en compañía, capaz dar a entender y vivir que la lectura es algo difícil al principio pero que depara grandes placeres.

...Y procede a su adquisición no lejos del adulto

Cada vez que un adulto y un pequeño practican conjuntamente largos paseos por las páginas de un libro (ora descifrando sus ilustraciones, ora regalándose con el texto), o se hallan inmersos compartiendo y comentando las múltiples imágenes que en poco tiempo arroja la pantalla del televisor, es que nos hallamos frente a dos personas que han descubierto la fuerza afectiva de la complicidad, y que gozan con la fuente de ternura y aprendizaje que ésta conlleva. Claro que, para que se de esta bucólica escena, debe el adulto mostrar una actitud acogedora y paciente, pues sólo así deseará el pequeño poder descifrar a su vez el código que desfila tiene ante sus ojos.

Los adultos practicamos formas de leer verdaderamente diversas (una rápida, la que usamos para ojear la prensa por la mañana; otra, más sosegada y lenta, que nos permite adentrarnos en la novela escogida o recomendada con la única compañía de las imágenes sugeridas desfilando por nuestra mente de lector; la lectura silenciosa, la que provoca cascadas de carcajadas; la que nos lleva a desear la relectura de textos ya conocidos, la que tiene por objetivo el estudio...) Existe también un elevada diversidad de lectores. Ante tanta pluralidad, ¿quién podría prohibir al lector primerizo la libertad de observar, copiar y desear convertirse en uno de ellos, o la ocasión de practicar un tipo de lectura distinto según el momento? Claro está que esto difícilmente podrá tener lugar si no se procura, al que desea leer, los

instrumentos necesarios para poder hacerlo, para adquirir la necesaria y a veces dolorosa adquisición de la autonomía lectora.

Ponerse del lado de los libros y de los pequeños es actuar como verdaderos adultos

No se trata de hablar ni aquí ni ahora sobre el momento más indicado para empezar a leer, ni de la edad más recomendable para iniciar este aprendizaje de modo más sistemático, ni tampoco de cuál es el mejor método para llevarlo a cabo. Lo que aquí y ahora importa dejar muy claro es que, sea cual sea la corriente pedagógica a la que se halle adscrita la escuela y/o la familia del lector en ciernes, hay una tarea de la que los adultos no debemos ni podemos evadirnos y que consiste en tratar los libros y los niños de tal manera, que los primeros ocupen un lugar privilegiado y placentero en la vida de los segundos. Sería una pena dejar esta tarea única y exclusivamente a la escuela. Y también lo sería que nos dejara indiferentes el hecho de que aprender a leer se hiciera mediante el trasnochado procedimiento de «la letra con sangre entra», frase que indica hasta qué punto esta adquisición se convertiría en algo desprovisto de todo goce.

Pues, en efecto, la lectura como se viene entendiendo en estas páginas tiene poco que ver con el simple reconocimiento de los signos gráficos, para luego proceder a unirlos. El placer de leer es algo muy distinto. Es un itinerario mental que permite adentrarse en un mundo que, aún siendo exterior por sus signos manuscritos o gráficos, es interior por los sentimientos, imágenes y pensamientos que desencadena.

Bien es cierto que no siempre, donde hay niños, se advierte la presencia de libros. Con lo cual, consecuentemente con lo que venimos diciendo, deberemos los adultos amantes de los libros, ofrecer algunos para el uso y disfrute del niño, de los niños que tenemos cerca. Harto difícil es, sin embargo, saber localizar este libro que imaginamos lleno de cualidades que se ajustan de lleno a lo que buscamos.

Algunas consideraciones sobre la selección de libros

No es nada difícil tratar de imaginar un adulto ante la difícil situación de escoger un libro para un niño o una niña. A algunos se les antoja como algo parecido al juego de la gallinita ciega: practicando el tanteo puede que uno acierte, aunque no es nada seguro. Suele el

posible comprador tener en cuenta cosas como la edad y los intereses del sujeto al que quiere regalar y, por supuesto, si está presente, contar con su opinión. Pero no pierde nunca de vista las verdaderas posibilidades de su bolsillo que, cuando se trata de literatura infantil, se siente, casi siempre, más pobre y desposeído que el Lazarillo de Tormes y sus congéneres. A propósito: ¡cuántas veces hemos visto y oído comentarios acerca de la desproporción entre el precio de los libros infantiles y la poca edad de los niños a quienes van dirigidos! ¡Si además –se suele añadir– no tienen apenas texto y para colmo están llenos de dibujos!

Y precisamente, éstos son los productos literarios que más de adecuan a los niños y niñas de entre los 0 y 6 años, pues si no poseen todavía autonomía para leer textos escritos, son sin embargo unos sagaces observadores e implacables lectores de imágenes e ilustraciones. Y si las páginas de estos libros son parcias en letras y rezuman dibujo por todas partes, ello es, precisamente, gracias a la presencia de un guión, de una historia que, además de poder ser contada con palabras, llega de lleno al lector a través de sus imágenes.

Pero, ¡cuidado! Que no se engañe nadie acerca de la identidad de ese lector al que se ha hecho referencia ahora mismo: este lector

puede ser usted mismo, nadie le garantiza que a más edad menos prendado se pueda quedar uno de un libro ilustrado. Y éste es el punto al que queríamos llegar: de la gran variedad de productos que ofrece el mercado (que van desde el soporte en papel hasta los CD), pensados y editados para alimentar la imaginación infantil y ayudar a desarrollar sus ansias de descubrimiento y comprensión del mundo, los mejores, aquellos que tienen más posibilidades de gustarles, son los que han sido escogidos por un adulto al que el libro ha causado una inmejorable impresión.

Libros para comprar, libros para mirar hay muchos. Y los niños tienen oportunidad de encontrarse con ellos en casa, en la escuela, en la biblioteca, en la librería, en el quiosco.

Y si esta afirmación sobre la cantidad de

materiales editados nos podría descorazonar, por llevarnos a pensar que no es posible acertar en la compra del mejor libro deseado, digamos para tranquilidad de todos que siempre es posible contar entre las amistades y conocidos

con algún librero o librera de confianza para informarnos acerca de las novedades que mejor se adecuan a lo que buscamos.

O una bibliotecaria o bibliotecario, para que nos guíe a través de los estantes del templo de los libros por antonomasia

—«granero del espíritu», según Marguerite Yourcenar— hasta dar con la lectura anhelada.

U otras personas que, por su conocimiento y sensibilidad hacia los libros y el acto de leer, nos pueden regalar algunos consejos prácticos y bien útiles para practicar la lectura y permitir que la practiquen los pequeños que a nuestro alrededor viven y florecen. ■

